

zo del campeonato.» «¿Vo creé?», preguntó Tito con un tono de escepticismo, y sin esperar la respuesta continuó: «A mí, qué queré que te diga, este Armando me parece un chanta. Pa mí que piensa en la guita ante que en el clu.» «¿Te parece?», preguntó Chichín, que aparentaba confiar en la honestidad del presidente, pero que, conociendo la lógica pesimista y demoledora del amigo, temía que, una vez más, el otro destruyera sus esperanzas con argumentos irrefutables.

D'Arcángelo echó un chorro de soda en el vermouth, picó un ingrediente y dijo: «Mirá, Chichín, pa mí ese tipo e un vivillo. Mucho millone, mucho grande negocio, pero al clu no lo levanta. Si no, ya me lo va a decí cuando avance el campeonato.» La mirada de Chichín se iba entristeciendo, como si comprendiera que las esperanzas inverosiblemente renovadas eran vanas, y que luego, durante la temporada, Boca, una vez más, sería un fracaso y él volvería a hundirse a su vez, irremisiblemente, en la frustración. Miraba a Tito fijamente, como un condenado a muerte que ya herido espera el golpe de gracia. D'Arcángelo se dirigió a mí como para ponerme de testigo, aunque sin muchas esperanzas acerca del valor que pudiera tener el testimonio de ese desconocido, con un aspecto y una manera de hablar que, si bien no ponía en duda que fueran las de un argentino, eran las de un argentino que había sufrido un proceso, no sabía cuál, que le restaba legitimidad, como si a una bebida original del país se la hubiera intentado mejorar con mezclas extrañas que le habían hecho perder autenticidad. Le devolví la mirada con una expresión indefinida, de la que se pudiera interpretar que combinaba interés y asentimiento tácito, intentando ocultar mi desactualización en el tema que se debatía. D'Arcángelo tomó un sorbo de vermouth, golpeó la *Crítica* con el índice, como si se tratara del texto de una autoridad reconocida sobre el que asentara sus afirmaciones, y dijo con firmeza: «Oíme lo que te digo. Ese tipo dice que con toda esta adquisición y este torneo de verano que se inventó, la institución gana mucha menega, porque el equipo e una atracción, pero a mí no me la hace tragar. A él el clu le importa esto», y juntó el índice y el pulgar; «a él lo que le importa e que se lo nombre, que se diga "el señó Armando", porque eso le conviene pa sus negocio particulare.» Chichín meneó la cabeza, compungido, sin terminar de desengañarse de la hipocresía que reina en el mundo; aventuró: «¿A vo te parece?» D'Arcángelo sonrió irónicamente: «¿Que si me parece?», y volvió a golpear la *Crítica*, ahora con el dorso de la mano, poniéndola por testigo, ya que visiblemente había abandonado la esperanza de que yo pudiera servirle para tal fin. «¿Me queré decí si no por qué se gasta lo millone que se gasta en la compra de valore de otro clu nationale y

extranjero y descuida el semillero, con lo que no cuesta mantener La Candela? ¿Y pa qué?, pa que los chico se aburran de estar tapado en la inferiore y se arruinen, o terminen transfiriéndolo por tre guita a algún clu modesto donde empiezan a brillar con mérito propio, haciendo que pongan los ojo sobre ello los clu grande y terminen consagrándose en lo Diablo Rojo o en el Ciclón, y hasta en lo propio Millonario si te descuidá, y que al fin vengan a enllenarno la canastra cuando juegan contra nosotros, que cuando vienen a la Bombonera los ve luchar con una pasión que ya quisieran tener los cra que Armando trae de afuera. Claro, ¡qué van a tener!, si no llevan lo colore azul y oro en el cuore como lo llevaban lo pibe que nosotros mismo, fíjate lo que te digo, nosotros mismo, echamo del clu», y Tito, rojo, enardecido por el furor que le producía tanta injusticia y tanta imbecilidad, se ajustó la corbata raída y se tiró de los puños deshilachados del saco, clavando la mirada llena de ira en la calle Pinzón, más allá de la vidriera.

Aproveché que la concentración en sus argumentos le habían hecho olvidarse de mí, tal vez de todo lo que lo rodeaba, para observarlo con mayor detenimiento. Estaba viejo. Es decir, el pelo blanco y la edad que había calculado que tenía en el año 55, me indicaban que estaba viejo, porque luego, su cuerpo enjuto, la piel de la cara pegada a los huesos del cráneo, las manos descarnadas, debían ser los mismos de entonces, tal vez algunas arrugas más cruzándole la frente, bajándole más profundamente desde la nariz hasta las comisuras de los labios. En tanto, Chichín meneaba la cabeza con desaliento y decía: «Tené razón.»

Tito volvió de su viaje mental a las zonas profundas y crípticas en que se había sumido su pensamiento. Continuó: «¿No lo viste a lo pibe cuando vienen a nuestro fil cómo se entregan a su nuevo colore? Y cuando nos meten un gol, ¿no viste cómo se dirigen con lo brazo en alto a nuestra fiel y sufrida hinchada pa festejarlo? ¿Y vos por qué creé que no van a ofrecerle el tanto a su seguidore y en cambio vienen a refregárnolo a nosotros?» Chichín se encogió de hombros, como diciendo: «Y qué más da, si total, vengan o no vengan, el asunto e que tenemos una pepa má adentro.» «Porque e como decirno: "Vieron gile que se desprendieron de un valor y que este gol, si no hubiera sido por ustede, ahora aumentaría el escor de la azul y oro en lugar de sumarse al del tradicional rival".» Chichín seguía meneando la cabeza, sin capacidad de respuesta, ya casi sin valor siquiera para asentir a las palabras de Tito. Este tomó otro trago de cinzano, pinchó distraidamente un cuadradito de mortadela, tragó el vermouthe como un té calmante que lo ayudara a serenar su

exaltación, paseó la mirada en torno suyo, deslizándola sin reparar en nadie, sobre mí y sobre el resto de los parroquianos, que en silencio escuchaban los argumentos rigurosos de ese hombre que exponía con exactitud los razonamientos que tantas veces ellos habían intuido sin lograr desarrollar de un modo coherente. «Yo no digo que el jas que viene de Ferro y el negrito ese que juega en lo do güine no sean valores, no», continuó D'Arcángelo hablando en general, hacia un interlocutor ambiguo y omnipresente: «tiene calidá, no me aparto, la han demostrado en sus respetiva institucione, pero pa jugar en Boca hace falta otra cosa, hace falta que lleven la camiseta en el corazón, que luchen por el triunfo no como profesionale, porque le pagan y porque tienen que justificar el sue'ldo, la prima y la guita que costaron, sino porque quieren a Boca, como lo quieren lo que vinieron de purrete, lo que a lo ocho año ya vestían la azul y oro. ¿Y queré que te diga má?», agregó Tito fijando su atención nuevamente en Chichín, que se sobresaltó, sin que su imaginación atinara a alcanzar qué nueva y terrible calamidad podía profetizar D'Arcángelo, cuando parecía que ya la copa de la amargura había sido apurada hasta las heces. «Armando lo va a hundir al clu», dijo Tito, y se quedó callado, mirando a Chichín, como reflexionando sobre los acentos que la frase apocalíptica adquiriría una vez pronunciada, escrutando la expresión del amigo para averiguar si afloraba en ella un atisbo de protesta y entonces aniquilarlo despiadadamente. Pero Chichín, vencido, no hizo un gesto, ni se movió, ni insinuó una queja. «Lo va a hundir al clu, te digo. A la final lo va a hundir.» Pinchó un dadito de queso, lo masticó y luego se escarbó los dientes picados con su eterno palillo. «Mirá, escuchame bien, Chichín. Armando nos la quiere contar que con el aumento de la recaudacione la institución va a pagar toda la compra y los gasto que hizo pa remodelar el fil municipal de la Perla del Atlántico y que encima va a sobrar guita. Y mirá lo que te digo, resultado no va a haber, porque el equipo va a seguir a lo tumbo, conformate si salimo de la mitá de la tabla p'arriba. La hinchada, fiel y seguidora como e, continuará apoyando a sus jugadore, porque ya hemo visto que los apoyó hasta en lo peore momento, como en el 49, cuando no salvamo del descenso en la última jornada, pero por eso mismo la recaudacione van a ser má o meno la de siempre. Pero ponele que el equipo, e un decir, ponele que el equipo vuelva a brillar en todo su esplendor y obtengamo el campeonato.» En la cara de Chichín afloró una luz de ilusión. «Va a ver como a la larga lo gasto exageraos, la inversione millonaria, no alcanzan a compensarse, y el clu se va a la quiebra. Yo no quiero pensar lo que va a pasar si un día nos lo sacamo a este tipo de encima y se destapa la olla, no

van a alcanzar lo año que nos quedan de vida pa pagar la deuda. Ponele la firma, Chichín. Te lo dice Humberto J. D'Arcángelo», y emitió esta terrible sentencia final golpeando reiteradamente sobre la mesita con su índice seco. Chichín se retiró cabizbajo detrás del mostrador.

D'Arcángelo pareció volver a reparar en mi presencia. Me miró abstraído, absorto aún en el hilo de sus pensamientos. Poco a poco su expresión fue cambiando y tornándose interrogativa. Yo lo observaba con timidez, sin atreverme a arrancarlo de sus cavilaciones para explicarle, si es que lograba hacerlo de algún modo plausible, el motivo que me había llevado a buscarlo. Por fin Tito tomó la iniciativa:

«Disculpe si le hice perder su tiempo. Usté dirá a qué debo el honor.»

«Señor d'Arcángelo», empecé a modo de introducción.

«Llámeme Tito», me interrumpió; «todo el mundo me conoce por Tito».

Asentí. «De acuerdo, Tito. Como le dije hace un momento, he leído aquella historia, la de ese chico, Martín, y aquella muchacha. Me interesó sobremanera y pensé, en fin, me atreví a pensar, que tal vez usted, que estuvo tan cerca de Martín, que fue su amigo, quizá pudiera contarme algunas otras cosas sobre aquel caso, sobre ese muchacho, sobre las circunstancias que rodearon su relación con Alejandra e incluso, algo, algún pormenor que la noticia policial y la crónica pudieran haber omitido y que contribuya a echar mayor luz sobre el fatal desenlace de los hechos», mentí, porque no me atrevía a decirle, por timidez y también porque sabía que su propio pudor no lo hubiera admitido, que el verdadero motivo por el que estaba esa noche en la calle Pinzón, en el café de Chichín, frente a él, frente a Humberto J. D'Arcángelo, era simplemente ése, encontrar a Humberto J. D'Arcángelo, a Tito, para pedirle que hablara o que se callara mirando sombríamente la calle Pinzón, y que de ese modo yo pudiera rescatarlo a él y a todos los que como él había conocido en otro tiempo, en esa misma ciudad, y también para, a través de él, rescatar mi ciudad para que, con la ayuda de él, rescatáramos, los dos juntos, la ciudad que había dejado en otro tiempo, mi íntima, misteriosa, inalienable, mágica, imperecedera Buenos Aires.

Me miró con desconfianza. «¿El señor periodista por un sí acaso?»

«No», respondí y, como continuara mirándome interrogativamente, aclaré: «Soy escritor.»

«Ah», dijo, «como el otro», y en las palabras afloró un apenas perceptible tono despectivo.